



AMICO, Salvador Leonardo

## SALVADOR LEONARDO AMICO

“Pensar en mi hermano me traslada en el tiempo, recordar sus inquietudes y preocupaciones sobre la cultura, lo social y lo político, que plasmó en la militancia, cuyos ideales permanecen presentes en las nuevas generaciones.

Desde muy joven militó y abrazó la causa y el proyecto nacional y popular, sin perder el espíritu solidario que supo tener, militando en el barrio codo a codo con sus compañeros. En su trabajo, siempre predicó la igualdad y la solidaridad.

Estuvo consustanciado con la vocación de servir al otro no perdiendo de vista sus valores y convicciones, dando todo por los demás.

No conoció la palabra individualismo, siempre estuvieron presentes en él la solidaridad, la perseverancia, la lealtad, el honor y la lucha por la libertad.

Hasta que un 22 de mayo de 1976, con solo 27 años y toda una vida por delante, el terrorismo de Estado truncó su sueño de ver un país mejor, con trabajadores en mejores condiciones de igualdad.

Quiero expresar todo mi agradecimiento a los compañeros de *Memoria Palermo* por haber organizado el homenaje y colocación de la baldosa con los nombres de los distintos militantes populares desaparecidos de la UB 17 de octubre.”

*Antonio Jorge Amico, hermano*



ASTELARRA, Santiago

## SANTIAGO PEDRO ASTELARRA CHANGO

“Aquí, hace ya más de tres décadas, estuvo la Unidad Básica 17 de octubre. Para los que militamos en ella, era el lugar de encuentro de un grupo de jóvenes venidos de distintos medios sociales e ideologías con la gente del barrio de Palermo, del Palermo de entonces, cuando en las pensiones vivían las familias hacinadas y Juan B. Justo se agitaba en el difícil trabajo de las bodegas. Aquí aprendimos a conocernos, a debatir, aprendimos que no todo era la universidad y a ser generosos. Éramos una generación particular, que rompía con los moldes familiares, que hacía de la política un cambio personal y del cambio personal, un compromiso político. En

esta Unidad Básica, en esta esquina, pasé los momentos más importantes de mi juventud, y también los más dolorosos.

Recuerdo a *Chango* y a Julio, que fueron mis responsables, y las reuniones en las que poníamos en común hasta lo que no se debía, recuerdo que ese espíritu particularmente democrático marcó poco a poco nuestros debates. En esta Unidad Básica aprendí que no era lo mismo ser hombre que ser mujer, que nosotras tendríamos que pelear por un espacio que no nos regalaría ninguna revolución. Recuerdo que organizamos una guardería dirigida por las madres del barrio y un grupo de alfabetización compuesto casi solo por mujeres. Nos costó hacernos entender, nos costó hacernos ver. En esta Unidad Básica yo comprendí los rudimentos del feminismo.

No sé cuándo llegué, no sé marcar el inicio de esta historia, posiblemente después de alguna manifestación. Recuerdo a Marcelo, que ahora vive en México, a Oscar, con sus tremendos ojos negros, a Betty, nerviosa y activa. Recuerdo a Georgin, que murió más tarde, en un accidente, a Julieta, que fue la pareja de Galimberti y con quien me encontré en Madrid. Recuerdo a tanta gente que es casi imposible nombrarla: Julito joda, Nora y Enrique con sus hijos, el negro José, Carlitos MIP, la señora Nelly y su familia, la quiosquera de la que todos estaban enamorados, el director del club Armenia, que nos prestó la sede para que organizáramos los primeros cursos de alfabetización. Aquella señora a la que enseñé a leer y con la que salí un día para que descifrara, casi llorando, los carteles de las calles, Viviana y Haydée, que hoy vive en Valencia, Cachenco, el viejo Repeto, un peronista de toda la vida, Alfredito, tan inteligente, o Alejandro, con su bufanda y su aspecto de eterno inglés. Y una serie de responsables políticos cuya cara siempre me resultó borrosa tal vez porque, en nuestro particular modo de actuar, no respetábamos demasiado la disciplina y la verticalidad.

Aquí, decía, aprendimos de alguna manera a vivir, y fuimos todo lo joven que puede ser una generación que siente que su destino es cambiar el mundo. Aquí acertamos y nos equivocamos, dimos todo lo que éramos capaces de dar, y muchos, por fin, dieron la vida. Aunque fuimos una generación mutilada aquí estamos, poniendo esta placa y repitiéndonos que a la historia no se la llevó el viento. Que las cosas pueden ser de otra manera.

No puedo estar hoy aquí, porque el exilio me llevó a España, donde todavía vivo, yo no puedo estar, pero sí que está Julieta, una de mis dos hijas españolas. No puedo estar aquí, aunque quisiera, pero esta tarde estarán todos Uds. conmigo y yo con Uds., sabiendo que seguimos siendo nosotros, aunque tan

cambiados, nosotros y los que vendrán después. Nosotros y nuestros recuerdos.

Entre los recuerdos más queridos de la Unidad Básica 17 de octubre está para mí el recuerdo de *Chango*, Santiago Astelarra, de quién fui pareja durante dos años. Conocía a *Chango* desde mucho antes de llegar a la Unidad Básica, cuando él era casi un chico y yo casi una adolescente. Para entonces él vivía en Chile y pasaba los veranos en Buenos Aires. Se encontraba con Julio, su primo, pero esa amistad se escapa de la zona luminosa de mis recuerdos. En realidad, es Julio quien debería hablar hoy, porque él era el que estaba más cerca de *Chango*, y debo a su inmovible generosidad que me permita hacerlo a mí.

De todos los recuerdos posibles, que son muchos, voy a tener que elegir uno, no en la intención de que invalide los demás, sino simplemente para contar quién fue *Chango* para mí, en esos años. Podría hablar del estudiante de medicina que fue, del hermano, del militante, del amigo. Podría hablar de nuestras discusiones domésticas, y daría una imagen cabal de él. Podría hablar de cuando se tomaba dos vinos de más y se hacía amigo de todo el mundo. Podría hablar de su placer por escuchar a cualquiera hasta la madrugada. Cuando lo volví a encontrar en la Unidad Básica, ya no tenía un cuerpo infantil, pero sí un aspecto de niño que lo acompañó siempre. Era risueño, de carcajada fácil, un bailarín entusiasta y malo, un cantor desafinado que no se privaba de corear las canciones de protesta. Fue un responsable político sin demasiada disciplina, un demócrata en una organización verticalista, un aprendiz de amante al que le quedaban tantas cosas por saber. Todas estas cosas las vivimos juntos, y también aquel viaje iniciático a Perú, y el regreso, y la convivencia. Siempre pienso en el final de *Chango*, del que nada sabemos. A veces sueño con él, y en los sueños no se ríe. Me dice: ‘no sabés cuánto he sufrido, te lo tengo que contar’. Es un sueño que se repite y que estará conmigo, hasta el final de mis días. Él es el lugar de la ternura, y también, junto con otros compañeros, el lugar del dolor y los sueños. El lugar de la esperanza. El lugar de ese camino que hicimos juntos casi hasta el final. *Chango* desapareció cuando estaba por irse del país, pocos días antes: no le dio tiempo.

Cuando se lo llevaron, ya no estábamos juntos. Vivía con Norma, una compañera uruguaya, cuya muerte fue tan atroz que no quiero recordarla. Hoy, en esta esquina, seguro que quedan sus sueños, que también son los nuestros, y esta baldosa que dice que no los olvidaremos.

Vivo en España, un país que no supo hacer nada con los recuerdos de su violencia, y sé la valentía y la lucha que ha implicado llegar hasta aquí, hasta esta reunión en Nicaragua y Carranza para colocar esta baldosa en el recuerdo de los

militantes de nuestra Unidad Básica que murieron. Es un acto importante que clava en nuestra memoria el recuerdo de nuestros desaparecidos, es un homenaje que merecen y es un acto que los honra. Ellos, los que no tuvieron tumba. *Chango* es uno de ellos. Desapareció una mañana, después de que allanaran su casa. Esa misma noche le pregunté si estaba seguro de que no lo seguían, si estaba siendo cuidadoso. No lo era por personalidad, y eso me preocupó. Recuerdo que me contestó: ‘creo que no me siguen’. Y el ‘creo’ quedó repicándose en la cabeza, como una mala señal. A la madrugada, lo fueron a buscar. Sé que le taparon la cabeza con un suéter y que lo metieron en un auto. Fue lo último que se supo de él. Hoy podemos recordarlo en su fortaleza y en sus debilidades, mientras sentimos, en el misterioso camino de los años, que algo de su entusiasmo y de su bondad sigue con nosotros.

*Chango*, nuestro *Chango*, que fue estudiante, amigo, compañero, pareja. *Chango*, que apenas tenía 24 años y toda una vida por delante. *Chango*, que tenía entonces la edad que ahora tienen nuestros hijos. *Chango*, que peleó por un porvenir que nunca llegaría a ver.

El día que se lo llevaron, algo nuestro murió con él. Hoy, en nuestro recuerdo, y en este homenaje que le hacemos, algo de él sigue viviendo”.

*Clara, compañera de Chango*



## ÁNGELA AUAD

El martes 19 de febrero de 2013 colocamos la baldosa en memoria de Ángela. Hubiera cumplido 68 años. Mis dos pequeños hijos y el agite cotidiano no me permitieron conectar cabalmente con ese momento y cuando tuve que hablar a los convocados, lo hice sin saber, encontrando qué era lo que quería decir. Lo encontré ayer, en el duerme vela. *Mossi*, como le decían en Tucumán, era íntima amiga de mi tía Cristina, militaban juntas en el norte, y de mi madre. Cuando a mediados del 77 recuperó su libertad —estuvo detenida en Devoto—, vino a vivir con nosotros a la casa de Charcas, donde colocamos la baldosa.

Tengo de ella un recuerdo dulce y fragmentado. Olores, juegos y su cara crispada de terror el día que se la llevaron a la rastra de la Iglesia de la Santa Cruz.

En el final de *La lista de Schindler*, la película de Spielberg, los descendientes